

hoy nos es tan poco conocida, que parece oportuno ocuparnos de nuevo en ella. Obras como el *Heliand*, el *Parzifal*, la *Canción de Rolando*, merecen que en ellas fijemos la atención, con tanto derecho como el Dante y los *Autos* de Calderón, y aun con más que Virgilio y Eurípides, sin contar el provecho que podemos sacar de ellas desde el punto de vista de la naturaleza de la fe que animaba al pueblo en aquella época. El libro del pobre Hartmann sobre la fe es un modelo de dogmática y de ascética popular, cuya profundidad de pensamiento y pureza y limpidez de exposición no han sido bien estudiadas; el *Silvestre* de Conrado de Wurzburg es, á juicio de Gœdeke, ⁽¹⁾ una obra maestra apologética. Tampoco vacilamos en calificar del mismo modo el *Sent* de Turas en la *Crónica Imperial*. ⁽²⁾

Todavía hoy, nosotros los teólogos podemos con provecho tomar por modelos á simples laicos sin ilustración de aquella época; y todos podríamos considerarnos felices, si, en una discusión sobre la fe con los judíos, pudiéramos expresarnos por modo tan preciso, tan variado y al mismo tiempo tan inteligible como el herrero Barthel Regenbogen, ⁽³⁾ que sin duda recuerda muy bien en ocasiones la pesadez de su profesión. Inútil hablar de las obras místicas de nuestra literatura, de la *Hija Sión*, de la *Discusión Eclesiástica*, de las *Joyas Pedagógicas*, de *Winsbekte*, y de *Winsbekin*, de la *Piedra Preciosa* de Boners y de las *Máximas* de Freidank. Muchas personas las nombran, pero desgraciadamente pocas son las que las han leído.

Pero entre las obras de que ordinariamente no se hace gran caso, porque tratan del espíritu y de la vida de la Iglesia, hay muchas que, examinadas con detención, excitan el asombro aun de los que sólo prevenciones tienen contra la Edad Media. Por eso Enrique Rückert confiesa, hablando del *Welschem Gast* de Thomasin,—uno de los

(1) Gœdeke, *Deutsche dichtung im Mittelalter*, 201.

(2) *Kaiserchronik*, 8509-10 389.—Cf. Maszmann, III, 857.

(3) Hagen, *Minnesinger*, III, 351 y sig.

ejemplos más sorprendentes y que mejor muestran la unidad y homogeneidad, en su género, del pensamiento en la Edad Media—que es difícil señalar lo que más debe alabarse en esta obra, si la claridad teológica del seglar ó su maravilloso conocimiento de la antigüedad, si la madurez del carácter del hombre ó el fuego de su corazón y su popularidad, si la ponderación de su espíritu y de sus demás facultades ó la de su apacible serenidad.

10. **La salvación del mundo actual está en la vuelta á la unión entre lo natural y lo sobrenatural en la fe y en la vida de la Iglesia.**—¡Que esta excursión por los tiempos antiguos pueda llevar también á nuestros pobres corazones desgarrados la misma estabilidad y armonía! Mucha necesidad tenemos de ello en medio de esta confusión inaudita, en la que cada cual presenta programas nuevos y medios violentos de curación, sin que nadie sepa lo que quiere y para qué pueden servir los remedios que propone. Reina actualmente en los espíritus una de esas desuniones sólo posibles cuando todo lazo de unidad, de solidez y de convicción es roto. Esa sed de mudanzas, ese abandono pesimista, esas disputas sobre fórmulas que son otras tantas causas de ruina si no se obra con energía, ese maligno júbilo que ni siquiera se trata de disimular cuando fracasan los proyectos ajenos, ese eterno cambio de opiniones, ese deseo de ser mejor que los demás, esa tendencia á tener siempre razón, esa división existente aun entre los que piensan del mismo modo, prueban suficientemente que no hemos entrado aún por la vía del perfeccionamiento.

Si, en semejantes circunstancias, el corto número de los que comprenden y sienten aún la miseria del tiempo no se unen, no hay, humanamente hablando, esperanzas de salvación. ⁽¹⁾ Pero la unión no basta; es preciso que revista un carácter muy serio, que determine á emprenderlo todo y á estar dispuestos á todos los sacrificios. En la marcha ordinaria de los acontecimientos, pueden ser perdonados

(1) Radowitz, *Gespräche über Staat und Kirche*, 269 y sig.

das muchas circunstancias y muchas negligencias; pero quien en el momento decisivo en que se trata de introducir un nuevo orden de cosas—y este es nuestro caso—no aporta todo su concurso, hace fracasar toda la empresa. ⁽¹⁾

Pero este ardor no existe más que allí donde todos renuncian á toda discusión, dan de lado á todo discurso platónico y á todo prurito de que prevalezca su criterio, y se agrupan en torno de un centro de unidad viviente, inteligente, en el cual vuelven á encontrar el orden sobrenatural completo, lleno de savia y no mutilado.

Pero que nadie se haga ilusiones sobre este punto. Sin duda la miseria de los tiempos ha suavizado á los gobiernos y á los representantes del pueblo, y luchan con emulación para introducir reformas en el orden social. Esta miseria les obliga igualmente á ingeniarse para extinguir el incendio que ellos mismos han provocado con sus leyes sobre la escuela y el matrimonio y con sus ataques á la independencia y libertad de la Iglesia. Pero con simples disposiciones legales no se remedia la situación. Una reforma económica, política, pedagógica y doméstica, en una palabra, toda reforma, es inútil sin una mejora moral, y toda mejora moral es imposible sin un sentimiento religioso, vivo, fuerte y puro. Ahora bien, toda religión que proviene únicamente del capricho personal, ⁽²⁾ ó mejor dicho, que no descansa en la sumisión al orden sobrenatural, es inestable y sin eficacia, porque entonces no es religión, sino sólo obra humana fugaz, negocio de gusto pasajero, labor compuesta de varias piezas y fabricada por las circunstancias.

Nada tan funesto como querer combatir peligros inminentes, hablando de la religión, más bien como de un espantajo para las masas que se temen, que como de algo de utilidad personal, según la moda introducida entre los sabios. Si se quisiese producir ciertos resultados prácticos en los que se desea calmar por este medio, preciso sería ante to-

(1) Stolberg, apud Janssen, *Stolbergs Entwicklungsgang*, 391.

(2) Roscher, *Gesch. der Nationalökonomik in Deutschland*, 1047.

do comenzar por tomar en serio las cosas, porque, de lo contrario, aquéllos no se fiarían de la intención y sería el medio más á propósito para colmar en ellos la medida de la cólera y el desprecio. Cree Roscher que se necesitarán cien años para comprender, no sin dificultad, cómo tantos hombres de talento han podido hacerse ilusiones al proporcionar así armas á un adversario formidable. ⁽¹⁾

No; solamente hay un medio de salvación, y éste consiste en volver al punto en que cesa toda arbitrariedad humana, en volver al Cristianismo, en volver á él prácticamente, en volver á la Iglesia, á lo sobrenatural. Que el mundo haga este ensayo, y el resultado será el mismo de siempre; no se arrepentirá de haber obrado así, sino que se arrepentirá de no haberlo hecho antes. ⁽²⁾

11. Único medio de mejoramiento.—Pero esta vuelta debe operarse en todos los dominios de la vida y de la civilización. Se engaña á sí mismo, y engaña de muerte al mundo, quien crea que puede escogerse y hacer distinciones en esto; el dilema que aquí se pone es de vida ó muerte; no se puede tomar una mitad de la vida y unirla á una mitad de la muerte, pues así como no es posible deshacer sin destruirla la túnica inconsútil de Jesucristo, tampoco es posible separar lo sobrenatural ni el lazo que une lo natural á lo sobrenatural. Ó todo ó nada; ó todo, ó todos los mejores esfuerzos son vanos.

De aquí que todo dependa de que el mundo esté bien convencido de que todas las cuestiones candentes están íntimamente ligadas entre sí. El que de ello no quiera darse cuenta, ofrecerá un auxilio muy débil, y con nada mejor podríamos compararlo que con un médico que quisiera curar un cáncer sin atacar previamente la sangre enferma. Pues bien, los principios morales y religiosos son la sangre de la sociedad; si á cada tentativa de mejoramiento no son éstos renovados en los corazones, ninguna reforma obtendrá resultados positivos.

(1) Roscher, *Ibid.*, 1025.

(2) Tertul., *Apología*, 1.

No es posible resolver la cuestión política sin resolver la cuestión social, la cuestión social sin la cuestión escolar, la cuestión escolar sin la cuestión de familia, ni estas tres últimas sin haber resuelto el problema de la verdadera cultura y de la verdadera humanidad. Ni nadie resolverá todas las cuestiones indicadas, si en la vida de los individuos, como en la de la familia, del municipio y del Estado, no se hace nueva aplicación, pública y completa, de los principios inmutables de la moral. Mas esto nunca tendrá lugar, si las leyes del pensamiento, de la vida moral, de la conducta pública y de las relaciones sociales, no se emancipan de esa tiranía de la arbitrariedad, gracias á la cual el niño, cansado ya de la disciplina antes de haber aprendido á pensar y obrar, las trata sin consideración, únicamente para demostrar su independencia con relación á sus padres, á sus maestros, á la Iglesia y á Dios.

No hay mejora alguna posible mientras el mundo rehace la enseñanza que afirma que él no es dueño de la ley, sino que, por encima de él, hay una autoridad superior, fuera del alcance de todo poder humano, que debe prescribirle sus deberes. Por eso es inútil hablar de regeneración social, si no se admite la religión sobrenatural, fundada por Cristo, como única base del orden moral.

Este es precisamente el punto flaco. Todavía se admite que no es posible una transformación del mundo sin una renovación moral; pero no se quiere oír hablar de que esos mismos principios morales, que se presentan á la humanidad como medios de salvación, tienen también necesidad de base sólida. De aquí que la expresión favorita: *principios morales* tenga siempre algo de sospechoso. ¿Por qué servirse únicamente de términos vagos? ¿Por qué no decir categóricamente: *los diez mandamientos de la ley de Dios*? ¿Por qué no llamar al todo con su verdadero nombre, con un nombre que no dé lugar á equívocos de ninguna especie? Únicamente la doctrina moral sobrenatural, unida por manera inseparable á la fe cristiana y á la Iglesia, ofrece solución á las cuestiones que agitan hoy al mundo.

Pero evitemos todavía el último escollo. Verdad es que la mirada apenas posee la suficiente perspicacia para abarcar todas las cuestiones que únicamente puede resolver el Cristianismo; pero esto no quiere decir que todo esté resuelto recurriendo á la religión. Esto es otro error, cuyos tristes efectos deploramos á veces. Se exigen milagros de la religión, y luego, si uno no logra lo que se propone, todo lo echa á rodar; y como no es posible conseguir los fines propuestos en un abrir y cerrar de ojos, se pierde la esperanza de poder llegar jamás á ellos; y como no es posible que los hombres y las cosas estén en el estado perfecto que fuera de desear, nos apartamos por completo de ellos y preferimos abandonar sin combatir la plaza al enemigo, en lugar de hacer causa común con los compañeros de armas, porque se está en desacuerdo con ellos respecto á ciertos puntos secundarios.

Pero la verdad es que, si queremos obtener algún resultado, es preciso admitir como ley, una vez para siempre, que el bien, cualquiera que sea, se abre paso lentamente, que lo grande sale de lo pequeño, y que el bien puro, sin mezcla de mal, no tiene su patria en este mundo. Contamos demasiado con los grandes ideales, y poco con la pequeña realidad; lo esperamos todo de Dios, pero nos olvidamos de que debemos defenderlo de nosotros mismos y de los demás con gran paciencia y luchando constantemente contra nuestra propia medianía y contra la debilidad ajena.

Para proporcionar al mundo alguna mejora, preciso es, pues, no contentarnos con dejarlo todo al cuidado de lo sobrenatural, sino prestarle constantemente nuestro concurso. Preciso es que, observando sus leyes, los hombres — y todos formamos parte de la humanidad — se mejoren poco á poco; luego, por los hombres, las pequeñas porciones del mundo; después, por éstas, las grandes, y por las grandes, el todo. Que cada cual entre dentro de sí mismo, pues sin esto, son trabajo perdido los hermosos discursos con que los correctores del mundo gastan inútilmente flo-

res retóricas y tiempo precioso. Todo el mundo puede hacerlo, y ello es mucho más útil que lanzar suspiros baldíos sobre los males de la época, ó entregarse á accesos de furor indescriptible contra un mundo perverso. Que cada cual comience por aplicarse á sí mismo lo que predica á los otros, pues corrigiéndose y mejorándose personalmente, es mucho más fácil mejorar á los demás. Algunas personas verdaderamente buenas forman ya algunas buenas familias; éstas un municipio mejor; pueblos mejores, una sociedad mejor; y varias de éstas contituyen Estados y un mundo mejor.

12. Piedra fundamental y clave de bóveda de esta obra de renovación.—Estos hombres mejores, esta sociedad mejor, este mundo mejor, no se obtienen con palabras, sino con obras, no con ensayos superficiales, sino con seriedad y decisión, no con esfuerzos aislados, sino con el cambio total del hombre y de la vida.

Nadie podrá realizar semejante empresa de acuerdo con un ideal nebuloso formado según su capricho. Cuanto más esfuerzos haga la prudencia humana para idear por sí misma una solución, tanto mayor será la desorganización del mundo, tanto mayor la confusión de los espíritus, tanto más penoso el descontento de los corazones. Si no hay un centro de unión para los hombres, un punto sólido de apoyo, desde el cual se levanten por encima de su miseria, una dirección, según la cual puedan armonizar su vida, todo ensayo de mejoramiento sólo servirá para dividir más los espíritus, para oscurecerlos y desanimarlos más.

El Cristianismo sale al encuentro de todas estas necesidades, pues existe para esto, ya que, en una palabra, en un ideal, en un modelo personal, encierra el remedio que necesitamos.

No existe á la cabeza del Cristianismo un libro, ni una escuela, ni una teoría, sino una personalidad que contiene en sí todo lo que necesita el mundo, una personalidad de la cual dice la Sagrada Escritura: «Todo en todo»; ⁽¹⁾ una

(1) Col., III, 11.

personalidad de la cual se añade: «Porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo». ⁽¹⁾

El que conoce este Ideal, el que conforma con él su vida, el que, como él, trata de influir sobre el mundo, es el único que realmente se apodera de lo sobrenatural, el único que logra armonizar lo natural con lo sobrenatural, el único que se aprovechará de las bendiciones del Cristianismo y del bienestar de este mundo. Pero el que no posee á Cristo, tampoco posee al Cristianismo, tampoco es cristiano.

¡Qué desgracia el que los hombres busquen, en sus necesidades, el auxilio de todos los curanderos y desprecien el único médico que se les ofrece gratis!... Aun los hombres que todavía se llaman positivos y creyentes, no vacilan en decir que «la fe cristiana se debe desligar del Cristo histórico y declararse independiente; que la fe no puede apoyarse en el Cristo histórico; que Cristo es una idea religiosa, un ideal, que tiene su realidad en el espíritu humano, en el pensamiento de la cristiana comunidad; que esto es verdadero en sí mismo; que hacerlo depender del Cristo histórico, sería un error; que poco importa que la fe esté de acuerdo con Cristo, pues basta que reconozcamos en Cristo el propio deber del espíritu humano religioso-moral y justamente un nuevo grado en el proceso del desarrollo de este espíritu.» ⁽²⁾

¡Hay para enmudecer de asombro! Los unos niegan á Dios; los otros, los que todavía pronuncian su nombre, comprenden en él, mirado más de cerca, el Universo. Los unos blasfeman del Ungido; los otros, que en él se glorifican, piensan que es su propio espíritu. Ahora comprendemos la miseria del mundo. Cuando la leña que parece verde está así muerta interiormente, se pueden aplicar á la humanidad las palabras del Profeta: «Los sarmientos sólo sirven para el fuego». ⁽³⁾

(1) I Cor., III, 11.

(2) *Allg. Evangel-luther Kirchenzeitung*, 1896, n. 7, págs. 149 y sig.

(3) Ezequiel, XV, 2 y sig.

¡Pero no, y mil veces no! Todavía no se ha llegado tan lejos, ni es permitido llegar, mientras vivan hombres y voz y respiración tengan. Cuanto más se aleje el mundo de Cristo, con mayor empeño debemos gritar: «En nadie, sino en Él, está la salvación». ⁽¹⁾ Sí, en nadie, sino en Él, está la salvación de la razón y de la fe; en nadie, sino en Él, está la salvación de la vida religiosa y moral; en nadie, sino en Él, está la salvación del sostenimiento y renovación de la familia, del Estado y de la sociedad.

De la mejor parte de la humanidad, y sobre todo, de la gracia de Dios, esperamos que el mundo comprenderá las señales del tiempo. Aún no está perdido todo. Aunque el mundo demuela pieza por pieza y piedra por piedra el edificio, quedará todavía la piedra fundamental que Dios ha puesto: ⁽²⁾ la fe de Cristo, la fe predicada por Cristo, la ley que Cristo instituyó, la Iglesia que Cristo Jesús, Hijo de Dios y de María, fundó hasta la consumación de los siglos. Aunque muchos lo desconozcan y desprecien, Jesús de Nazareth, Rey de los judíos, Rey de los pueblos, Rey del tiempo, es y será la base de nuestra vida social. Sobre esta base está fundado nuestro derecho; sobre ella descansa todo lo que, en el edificio de nuestra situación social, ofrece todavía alguna esperanza de duración. ⁽³⁾

Unámonos todos, pues, con los lazos de esta persuasión, á saber, que nadie puede establecer otro fundamento que el que ya está establecido: Jesucristo; ⁽⁴⁾ y animados del mismo espíritu, edifiquemos sobre Él, que es la piedra fundamental, la piedra angular, la última piedra del mundo. Entonces, Dios se acordará aún de su bondad, y renovará la promesa que hizo en otro tiempo por boca de su Profeta: «En aquel día, yo levantaré la casa de David arruinada, y cerraré los portillos de sus murallas, y levantaré sus ruinas, y todo lo edificaré como en el tiempo pasado». ⁽⁵⁾

(1) Act. Ap., IV, 12.

(2) II Tim., II, 19.

(3) Troplong, *De la influencia del Cristianismo en el derecho civil romano*, 364.

(4) I Cor., III, 11.—(5) Amós, IX, 11.

PRIMERA PARTE

ORIGEN DEL CRISTIANISMO

CONFERENCIA PRIMERA

EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO

1. Pedro en Roma.—Cuando Pedro, huyendo de sus propios compatriotas, con la librea de su pobreza en el traje y con todo su haber bajo el brazo, abriase paso por entre la multitud que en la Puerta Capena, en el cruce de la Vía Apia con la Vía Latina, dificultaba la marcha del viandante, sin duda alguna que cayeron sobre él no pocas miradas de inquietud ó de desprecio.

«Seguramente es otro *goet* oriental que viene á buscar aquí fortuna—pensarían.—¿Acaso no tenemos ya bastantes? En todas partes, los sacerdotes de Isis, de Serapis, de la gran Madre, se entregan á sus siniestras prácticas; ningún poder es capaz de acabar con sus sombrías maniobras, y ¡he aquí todavía un nuevo apóstol de una nueva religión! ¿Qué fe puede traernos? A primera vista, fácil es reconocer, por el aspecto que ofrece este extranjero, que es algo completamente distinto de lo que hasta hoy ha visto Roma. ¿Qué resultará de ello? *Videant consules!* ¿Se acabará, pues, por permitir que esos bárbaros orientales inunden por completo el Imperio y lo destruyan?»

Sí; tal era precisamente el fin que guiaba al galileo en Roma. Un gran pensamiento, un pensamiento colosal, impulsaba á aquel hombre extraño, que no contaba con otro apoyo que su bastón de peregrino. Transformar, hasta en sus últimas ramificaciones, el orden actual de cosas que